

En un monasterio en el corazón de los Pirineos. Noviembre de 1995.

Siete hombres estaban sentados en la mesa redonda que ocupaba el centro de la sala capitular. En el exterior, el viento gélido ululaba por la llanura cortando como un cuchillo la noche negra sin luna. Los siete hombres, vestidos con el hábito de la Orden de las Siete Estrellas, estaban celebrando su reunión anual según marcaba la tradición de la Orden.

Los siete componían el Estado Mayor de una sociedad secreta que había tenido su origen en la desarticulación del Temple, aunque no podía decirse que en la actualidad, fueran una orden templaria. La Orden contaba, con muchos miembros a lo largo y ancho del mundo, todos ellos secretos. Obtenía su financiación a través de su filial legal *Alas para el Tercer Mundo*. Una fundación con carácter benéfico de la cual eran miembros todos los Caballeros Hermanos que pertenecían a la sociedad secreta, además de otros muchos miles de socios que no tenían conocimiento que *Alas para el Tercer Mundo* tuviera otra actividad paralela.

Alas para el Tercer Mundo llevaba a cabo proyectos en zonas deprimidas de países subdesarrollados. Gracias a esta fundación, muchos poblados tenían agua, escuela, centro sanitario, etc. Pero parte de sus fondos los destinaba a que su organización en la sombra llevara a cabo operaciones encubiertas que, aunque también beneficiaban la sociedad no estaban dentro de la legalidad vigente.

Estos siete hombres expertos y agerridos, estaban curtidos en abundantes misiones en los principales conflictos del planeta. Algunos de ellos habían participado en misiones peligrosas en Vietnam, Afganistán, Angola, Panamá, etc. habían sido utilizados en muchas ocasiones por varios gobiernos, en operaciones de la acabada guerra fría. Todos ellos, antes de entrar en la Orden y posteriormente formar parte de su Estado Mayor, habían visto la cara amarga de la vida.

La tradición de la Orden, marcaba que, cada año, un Caballero, Hermano del Estado Mayor debía de eliminar a un indeseable, consiguiendo así la redención personal y colectiva por las faltas que pudiera cometer la Orden. Actualmente, solamente importaba la parte práctica de esta tradición: hacer desaparecer de la faz de la Tierra alguna alimaña.

Un denominador común unía a estos individuos: nunca hacían nada que no consideraran justo. Odiaban con todas sus fuerzas a las personas que se enriquecían a costa del sufrimiento de los más débiles, sentían un asco profundo por los grandes narcotraficantes que basaban su poder en la destrucción, lenta y dolorosa de las personas que se consumían en el polvo blanco que ellos producían cada vez en mayores cantidades, con el único fin de aplacar su insaciable sed de dinero y de poder.